

MARIANO AZUELA

Nació el 10. de enero de 1873 en Lagos de Moreno, Jal. Falleció en México el 10. de marzo de 1952.

Novelista, creador de la novela de la Revolución Mexicana. Su fecunda existencia nos dejó las obras: *María Luisa* (1907); *Los fracasados* (1908); *Mala Yerba* (1909); *Los de Abajo* (1915); *Los caciques* (1917); *Las moscas* (1918); *Las tribulaciones de una familia decente* (1935); *La luciérnaga* (1935); *El Camarada Pantoja* (1937); *Regina Landa* (1939); *Pedro Moreno el Insurgente* (1935); *Precursores* (1935); *El Padre don Agustín Rivera* (1942); *Andrés Pérez Maderista* (1911); *Domitilo quiere ser diputado*; *La malhora*; *Sin amor* (1912); *El desquite*; y otras más reveladoras de sus inquietudes sociales y literarias, como *Esa sangre* (1956); *El Jurado* (1945); *La maldición* (1955); *La marchanta* (1944); *La mujer domada* (1946); *Cien años de novela mexicana* (1947), etc,

Le han estudiado: Francisco Monterde al prologar sus *Obras completas*, 3 v. México, Fondo de Cultura Económica, 1958, Vol. I-VII-XXI; Luis Leal, *Mariano Azuela. Vida y obra*, México, Ediciones De Andrea, 1961, 182 p. (Colección Studium 30); y Antonio Castro Leal en sus prólogos a su edición de *La novela de la Revolución Mexicana*. 2 v. México, Aguilar, 1962. IIs. En el *BBSHCP*, No. 58, 10. mayo 1956 aparece una interesante nota acerca de *Esa sangre*. José Ma. González de Mendoza "Mariano Azuela y lo mexicano", *Cu. Ame.*, mayo-jun. 1952, p. 282-285; y en la misma revista y número, p. 286-288, Francisco Monterde escribió "La etapa de hermetismo en la obra del Dr. Mariano Azuela": Alfonso de Alba le dedicó bello liminar al frente de *Pedro Moreno el Insurgente*.

Buenas tesis acerca de este notable escritor son las de: María Azuela Arriaga, *Mariano Azuela. Novelista de la Revolución Mexicana*, México [Galeza], 1955, 79 p.; Angélica Malagamba Uriarte, *La Novela de Mariano Azuela*, México, Jus, 1955, 173 p.; Rentaro Hashimoto, *La trayectoria literaria de Mariano Azuela*, México [s.e.], 1953, 235 h.

Fuente: Mariano Azuela. *Pedro Moreno el Insurgente. Biografía novelada*. Liminar por Alfonso de Alba. 2a. ed. México, D. F., publicado por Ediciones Botas, 1949. 261 p. p. 253-61. *Mala Yerba*. Guadalajara, Talleres de "La Gaceta de Guadalajara", 1909. 164 p. p. 58-62.

PEDRO MORENO

Grito lejano repercute de peña en peña. El vaquero tira con fuerza del freno, y la mula, mordiendo el hierro que le lastima el hocico, bruscamente se detiene. Pasan breves momentos, el grito se oye otra vez, pero desmayado ahora como si se fuera a extinguir. Para un serrano ladino, con esto hay y sobra. Hince la espuela en el hijar, la bestia arranca, y bajando empinadísimas cuestas y trepando cortantes riscos, llegan a donde un hombre está tendido al pie de un gran encino y cerca de un caballo persogado. Tiene desgarradas las ropas, su barba es negra y cerrada, cristalinos sus hondos ojos que acentúan la palidez y demacración de su rostro.

—¿Está herido?

Enfermo y medio muerto de hambre. Tres días de comer manzanillas y madroños, de beber agua caliente en los charcos poblados de insectos, caminando por la noche bajo la lluvia cerrada, escondiéndose entre las peñas desde que Dios amanece hasta que las barrancas entran en sombra. Luego la disentería que lo tiene aniquilado: sin fuerza para montar ni sostenerse en el caballo, sin alientos para seguir caminando a pie.

Hombre de corazón, el vaquero lo levanta entre sus potentes brazos, lo monta y se lo echa en ancas, abrazándolo para que no se le caiga.

A don Pedro no le importa ya saber si es amigo o enemigo: una poquita de humanidad es todo lo que su desgracia pide.

Camina por senderos escondidos que sólo el serrano conoce, se acercan a los ranchitos e inquietan con gran cautela por los fugitivos del Sombrero, pero no dan con pista alguna. Por fin, ya cerca de medianoche, llegan a unos jacales del rancho del Chamuscado, provocando gran alarma entre los allí refugiados. La debilidad de don Pedro llegó ya a tal extremo que cuando vuelve en sí y abre los ojos, está en brazos de sus hermanas, que lloran de alegría y de pesar. Rodeándolo solícitas y con sus alientos intentan infundirle vida.

En las sombras se remueven sombras mudas: Don Pascual Moreno, su cuñado don Rafael, los amigos Orozco, Zermeño y don Manuel, el primo de San Juan.

Al suave calor del hogar, con el cariño de sus familiares, y alimentos apropiados, pasa una buena noche. Al otro día viene un médico amigo, de León, y le da sus atenciones.

Por algo lo llamaban el Toro, en el Seminario. Su constitu-

ción vigorosa entra luego en reacción y antes de una semana ya está en pie, hablando no más de volver al cerro. Sus primeras palabras fueron para saber el paradero de su esposa y de sus hijos.

—Están en León, detenidos; pero gozan de muchas consideraciones —le responde don Manuel González, que a diario sube al cerro y está en comunicación con los carboneros.

Las noticias que al principio se le dieran a medias, poco a poco se las van aclarando más o menos amargas.

—Don Santiago González se salvó por un milagro. Lo tenían ya amarrado, para fusilarlo al otro día de la toma del fuerte; pero cuando lo aprehendieron logró esconder una navajita entre los dedos. Sin que los centinelas se hubiesen dado cuenta de ello, se cortó poco a poco las ataduras. Y a medianoche, cuando los sintió dormidos, llegó hasta la orilla de la barranca y allí se dejó ir a la buena de Dios sobre la copa de un encino. Las ramas se quebraron y herido y desquebrajado pudo todavía caminar hasta orillas del arroyo de Barbosa, donde le faltó la fuerza y apenas pudo esconderse entre unas matas.

Más tarde en plena convalecencia, se le dice toda la verdad:

—Cuantos hombres quedaron en el fuerte, tantos fueron sacrificados: sanos, enfermos y heridos. El sanguinario Liñán los obligó a demoler las fortificaciones durante tres días, luego todos por igual fueron puestos de rodillas al filo de la barranca: un solo tiro en el pecho y caían de espaldas al precipicio. Así perecieron doscientos hombres sitiados por cinco mil.

Ensimismado, los codos sobre las rodillas y la cabeza en las manos, don Pedro escucha con los ojos húmedos y apretando fuertemente los dientes.

—Eso fue lo que salvó a don Santiago González. Los muertos le caían por todos lados y entre los muertos pudo disimularse hasta que las tropas de asesinos abandonaron el Sombrero. Un viejecito, como buen cristiano, lo llevó hasta su jocal y allí lo tiene curándose de los golpes y de las heridas.

Don Pedro, dueño ya de sí, dice que no hay que pensar en rendiciones ni amnistías, sino en dar la vida muy cara. Y poniéndose bruscamente en pie da orden de que al otro día se tengan listos los caballos para ascender de nuevo a la sierra.

Como doña Ignacia está para dar a luz de un momento a otro, don Rafael Castro, su esposo, se quedará con las señoras.

Por las abruptas veredas de Silao a la Tlachiquera, en el propio corazón de la sierra de Guanajuato, va una caravana de gentes empolvadas y macilentas. Son cuarenta los de a caballo y veinte hombres de infantería. Se oye el golpe de las pezuñas y el arrastre de los guaraches por las malezas. Enmudecidos, porque una serie de derrotas en combates muy duros no sólo han agotado las fuerzas de sus cuerpos curtidos a la lucha, sino también las de sus espíritus, que ahora vuelan al ras del suelo.

—¡Bienvenidos mis amigos! —los acoge con alegría y entusiasmo el dueño de la hacienda, don Manuel Herrera, refugiado allí con su hermana de la furiosa persecución de los realistas.

—Venimos a pedirle albergue, don Manuel. Necesitamos descanso por unos días para reorganizarnos y volver luego a la brega.

Viéndolos tan abatidos, manda que en el acto se les arreglen sus camas.

—Dormiremos en algunas de las estancias inmediatas. No queremos comprometerlo.

—Aquí pueden quedarse seguros. Tengo gente apostada por todas estas veredas, y lo mismo que tuve noticias de la llegada de ustedes con toda oportunidad, mi gente me las dará de quienquiera que por aquí se acerque.

—Dormiremos en el Venadito, que está no más de una legua de aquí.

La estancia del Venadito se reduce a unas cuantas casas viejas y trojes abandonadas. Al frente se extiende anchurosa la llanura y a espaldas se abre luego la breña. Mina y Moreno, con sus asistentes, allí se alojan, mientras que don Pascual, don Manuel Zermeño y Orozco optan por remontar el cerro y dormir entre las piedras como siempre, sin desensillar siquiera los caballos. La mayor parte de la gente se quedó en los alrededores de la hacienda.

Rendido de tanto caminar al trote, de mal comer y peor dormir, don Pedro, por primera vez en muchos días, se quita sus ropas y se entrega a un profundo sueño.

Cuando esa misma noche llegó Orrantía a Silao, uno de esos pobres mandrias que no faltan en ningún pueblo, sonriendo servilmente, se le acercó y le dijo:

—Por aquí pasaron al mediodía señor Mina y señor Moreno. Van para Tlachiquera y no llevan ni cincuenta hombres.

—¿Conoces las veredas de la Tlachiquera?

—Como conocer a mis manos. En ese rancho nací y soy peón del amo don Manuel Herrera. Cinco leguas cabalitas hay de aquí.

—Nos llevas luego y tendrás una recompensa.

—Vamos.

Sin dar descanso alguno a su gente, Orrantia ordena que la marcha se reanude. Con quinientos hombres de caballería va a pelear contra medio centenar de insurgentes.

Bien aconsejados por el peón canalla, aprehenden a los pocos hombres que a esas horas se encuentran en los jacales. Y cuando al amanecer llegan a la Tlachiquera, dejan al pobre viejo dueño de la hacienda aterrado y bien preso.

Comenzaba a salir el sol cuando la tropa llegó al Venadito. Al ruido de la fusilería, don Pedro despertó de un salto. No tuvo tiempo más que para coger su espada. Sin uniforme, sombrero, ni botas, se echó fuera.

—Estamos cogidos, Mauricio.

Se vuelve de todos lados y repara en la cañada que se abre a espaldas de la troje y se le ofrece como un refugio. Corren y dan con una covacha, donde luego se ocultan.

—¿No sería bueno ir por los caballos que allí no más dejé persogados?

—Anda.

Pasa un minuto. Pasan cinco. Luego se oye el rumor de la gente que se acerca. Don Pedro retrocede entre dos rocas, de donde puede observar sin ser visto. Son realistas y vienen en línea recta.

Por su mente pasa ahora su vida entera con velocidad de vértigo. Gentes y cosas; imágenes de los vivos y de los muertos entreveradas y confundidas; una mirada, un gesto, una sonrisa, el rasgo perpetuo en la memoria, contra el que nada pueden ni el tiempo ni la distancia. Y el huracán desencadenado de los últimos años con sus fugaces alegrías y sus penalidades de siglos: llanto, sangre, desolación.

Ya se acercan, y ahora reconoce a Mauricio, su asistente, con una cara desencajada y ojos como de muerto, señalando con su temblorosa mano el escondite.

Sobre la miseria y la bancarrota de las cosas, el espíritu soberano realiza íntegra su tragedia.

Comprende que llegó su hora y da dos pasos al frente.

Los que ambicionan la gloria de cogerlo vivo, se encuentran con una hoja de acero resplandeciente al sol que comienza a dorar las peñas.

Todo fue como un relámpago: una nube roja que le fulgura los ojos; que es ocaso y es aurora.

LOS HACENDADOS

A la falda de la mesa de San Pedro, entre añosos encinos y resquebrajados mezquites resudando espesa goma, nopalera de pencas alzadas como manos chatas implorantes, yérguese la faz risueña de la casa grande de San Pedro de las Gallinas, la que en no remotas fechas fuera la matriz de la gran hacienda de San Pedro, con sus portalillos encalados, su mirador de ladrillo rojo con dos oscuros ventanucos en el fondo. En contraste con su rústica y graciosa sencillez, destácanse en cada uno de sus ángulos, pesados fortines poligonales de estrechas rendijas bien mordidas por la metralla (desperfectos religiosamente conservados como blasón de alto valor). Abajo del saliente mirador se abre la entrada principal, única anteriormente defendida por enorme portón de mezquite, ataviada de mohosa herrajería, fehaciente testimonio de la inquieta vida de sus poseedores que de guaridas semejantes hubieran menester para dormir tranquilamente.

Como especie cierta corre la voz, por toda la comarca, de que los Andrades no entraron en juicio sino hasta la hora y momento en que la manaza de don Porfirio apabullara los alientos de toda una horda de bandidos que con humos de fogueados militares, por largos años fuera la plaga más calamitosa del país. Desde las guerrillas de Independencia hasta el triunfo de Tuxtepec, los Andrades fueron la solación de toda la Provincia. Aún suelen calosfriarse muchos corazones sosegados al solo nombre de un Andrade. Mas justo es dar gracias también a los tiempos revolucionarios de haber dejado muy mermada la prolífica especie susodicha. Cuando el abuelo superviviente a refriegas y contiendas estiró la pata, piadosamente auxiliado y con señales evidentes de muerte asaz ejemplar, sólo quedaron en pie tres legítimos herederos: don Esteban el primogénito, la única hembra doña Ponciana y don Anacleto el *jocoyote*. En tres fracciones hubo por tanto de dividirse la rica y extensa propiedad, tocando, según cláusula expresa en el testamento, a doña Ponciana la mesa de San Pedro, a don Esteban San Pedro en medio, y San Pedro abajo a don Anacleto. "El ganado es "ganado" —decía y repetía el abuelo—; para las mujeres el ganado." Y tal dicho lo confirmaba dejando los ricos pastales y magueyeras inagotables

a doña Ponciana. Don Esteban quedaba muy contento con San Pedro de las Gallinas —adornado con ese aditamento por la abundancia de tales bípedos y por la venta de sus productos en la vecina villa de San Francisquito— por ser las mejores tierras y mayormente susceptibles de mejoras. Por su cuenta don Anacleto sobradamente contento quedaba con la parte occidental llamada San Pedro arriba; terrenos inmensos más que sobrados para llenar las exiguas necesidades del buen borrachín, cuya vida se pasaba de ranchería en ranchería, de bodorrio en bodorrio, siempre a caza de fiestas, amigos y divertimientos, sin que jamás se diera la vez de hacer gastos formales, fuera de los que ocasionar pudiera su hijo, un grandullón con aires de babieca que le seguía y a quien llamaba “mi Pablón” y que por “mi Pablón” era conocido por todo el mundo y en todas partes. El buen chico —producto adquirido por detrás de la iglesia— dábale ya a las fechas, punto y raya a su padre y señor, lo que no era poco hacer para los dieciocho años escasos que contaba.

Entre tales gentes había caído un día doña Marcelina. Su historia no se apartaba un punto de la vulgaridad de tantas historietas de la época revolucionaria, entonces, cuando cualquier rapaz jefe de gavilla se enamoraba de alguna guapa hembra y que, por la buena o a la fuerza, se hacía acompañar de ella. Si algo tenía que agradecer la desventurada mujer era ciertamente el que don Esteban tanto se hubiera prendado de sus cualidades, que pronto la hubiera tornado en legítima esposa.

Al advenimiento del primer arrapiezo, abrióse para ella una era de resignación a la que en breve seguía otra de relativa felicidad doméstica cuando la casa comenzó a poblarse de gaudules jugueteros y alharaquientos; mas corto fue aquel lapso de tranquilidad, los cachorrillos empezaron a enseñar las uñas y a hacer sus primeras diabluras. Y ahí comenzó el verdadero sufrimiento de doña Marcelina. En hora aciaga venía el despertar de aquellos turbios atavismos; lejos de encontrar, los mozalbetes, un mundo dispuesto a festejarles su gracia y travesura, y autoridades sórdidas que hicieran la vista gorda, cual a sus progenitores hubiera acontecido, los tiernos vástagos Andrades daban de hocicos de buenas a primeras con el intruso destacamento de gendarmería rural que sin mayores urbanidades y por quitame esas pajas los metía en cintura. Así ocurrió el que un bello día trincaran al mayorcito de la familia, quien hubiera asesinado a su amante sin el motivo más baladí; otro de ellos huía por remotas tierras después de haber

verificado una hazaña vulgarota y muy en uso entre los matones del vecindario; habíale metido una bala en la cabeza a un desdichado octogenario que viniendo por el camino real había espantado con su harapienta figura al brioso corcel que montara el bravo Andrade. Por último, el más mocito, un decadente, un refinado digno de la pluma de Quincey, habíale abierto el vientre a una mujer encinta por el gusto de ofrecerse un espectáculo muy singular y de alta novedad. Julián, por su cuenta, algo había hecho ya también, pues que dados sus veinte años, de listo se pasaba con haber salido avante ante las autoridades de San Francisquillo de dos acusaciones de homicidios perfectamente alevosos. Era el único macho inofensivo de la familia un tal Gabriel, perdulario en quien el tan injustamente deturpado alcoholismo hubiera realizado un superior servicio a los humanos, tornando al matón de oficio en un pobre diablo gruñidor marrullero y sin peligro. El capital defecto del muchacho era su acendrado amor a los espirituosos y a tal grado que ni su propio padre don Esteban se aviniera a tolerarlo en casa. Vivía el tal, cosido a las faldas de una horripilante pulquera que le daba todo, amor, comida y vino.

En medio de tan negras almas discurrían dos vidas dulcemente tristes: la de doña Marcelina, abnegada y sufriente y la de Refugio que poseyendo las líneas varoniles y fieras de los Andrades, su gesto altivo y su recio continente, llevaba el alma profundamente recta y sencilla de su madre.

Como es de regla entre gentes de tal ralea, doña Marcelina y su hija no tenían voz ni voto en casa, eran mujeres cuya misión reduciase a contemplar a sus terribles señores, estar prontas a adivinarles el pensamiento, y servirles de rodillas si preciso fuera.